



loqueleg®

MICKY RISOTTO Y EL PERRO CHIHUAHUA

D. R. © del texto: Edna Iturralde, 2011

D. R. © de las ilustraciones: Ricardo Novillo Loaiza, 2011

D. R. © Santillana S. A., 2017

D. R. © Santillana Educación México, S. A. de C. V., 2026

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias

03240, México, Ciudad de México

Primera edición: marzo de 2026

ISBN: 978-607-585-349-9

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de manera total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loquelego.com/mx



Micky Risotto y el perro chihuahua

Edna Iturralde



loqueleg®



*Con todo amor a mis maravillosos nietos:
Chaz, Tacéo, Kilian, Adriaan y Thomas.*

*Y también a Juancho, mi perrito chihuahua,
cuyo valor y osadía me sorprenden siempre.*

El deseo de cumpleaños

9

Micky Risotto (por cierto, ese no era su nombre verdadero) se sentó en su escritorio, apoyó la mejilla en su mano derecha y observó con melancolía el parque ubicado frente al edificio donde vivía. Un perro negro gran danés corrió en toda su enormidad a recoger la pelota que un niño le lanzó y regresó feliz a devolvérsela. La mirada de tristeza de Micky se tornó en una de envidia, pura e indiscutible envidia.

¡Él quería ser aquel niño y que ese gran danés fuera su perro! ¡Ah, tener un perro! Un perro para sacarlo a pasear y jugar con él. Un perro grande y fuerte, con aspecto feroz, que impusiera miedo y respeto, pero al mismo tiempo fuera amable, cariñoso y juguetón.

El problema era que, casi siempre que Micky Risotto quería hacer algo divertido (lanzarse

en paracaídas desde una avioneta o ausentarse del colegio durante un año para ir a un safari en África), se enfrentaba con la firme oposición de sus padres. En relación con perro, el pretexto utilizado fue que el departamento donde vivían era muy pequeño. Además, dudaban de que su único hijo lo cuidara y que, en consecuencia, ellos terminarían por hacerlo.

Los ojos azules de Micky Risotto siguieron con interés a todos los otros perros que estaban en el parque aquel domingo. Bueno, si no podía tener un gran danés, se conformaría con un pastor alemán, un akita o un dálmata. Su mirada esquivó burlona a un perro francés blanco que llevaba una niña y a un perro salchicha café que paseaba un señor. De sus labios fruncidos salió una frase de desprecio:



—¡Qué perros tan enanos!

Micky Risotto se rascó la cabeza coronada con cabellos castaños y rizados. Su rostro, cubierto de pecas, tenía una expresión de intensa concentración. Ese día era su cumpleaños y aún tenía la esperanza de que su «vieja» tía Edelmira, de treinta y cinco años (que por ser periodista tenía una «mente demasiado abierta», como decía mamá), hiciera realidad su deseo de cumpleaños. Al fin y al cabo, había sido la tía Edelmira quien le había regalado una computadora cuando cumplió ocho años. Esto fue a pesar de la férrea oposición de sus papás, quienes no querían que dejara de hacer las tareas por pasarse jugando frente a la pantalla.

Por supuesto, ni siquiera la tía Edelmira sabía que Wilma.com era una computadora mágica

11



o espacial (todavía no había decidido qué opción elegir) y, por lo tanto, extremadamente avanzada en la técnica de la informática, que lo llevaba a viajar a lugares maravillosos e interesantes en esa misma época, y también al pasado o al futuro.

12 Este era un secreto que Micky guardaba muy bien, y a él le gustaban los secretos. Por eso usaba aquel nombre: Micky Risotto, que era con el que se identificaba en los chats al comunicarse con los amigos en Internet. Micky, como un boxeador americano; y Risotto, como aquel arroz italiano pegadizo en el que los granos se unen unos con otros. Él era así. Deportista y pensador. Adoraba jugar fútbol y su imaginación se convertía en pensamientos que aparecían y se pegaban unos a otros para crear historias fantásticas.

De pronto, Micky escuchó el timbre y de un salto corrió a la cocina donde estaba el comunicador que permitía saber quién llamaba desde la puerta de la calle.

—Soy yooo. Abran prooonto... —se oyó la voz melodiosa de la tía Edelmira, acompañada por un tenue chillido que aceleró tanto el corazón de Micky que sintió que se quedaba sin respiración.

Micky pulsó el botón para que la tía Edelmira pudiera subir, abrió la puerta de su departamento y salió disparado a pararse delante del ascensor.



Tenía la corazonada de que tampoco esta vez la tía Edelmira le fallaría. Que traería el regalo que él tanto quería, sin importarle un rábano lo que dijeran su hermana y su cuñado, ¡sólo para complacer a su único sobrino!

—¡Feliz cumpleaños! —gritó la tía Edelmira, abrazándolo.

14 En su rostro redondo se delinearon dos hoyuelos, uno a cada lado de su sonrisa.

Micky la saludó mirando a todos lados menos a ella.

No había ni rastro de un perro.

Entró al ascensor y miró bien.

Nada.

—Ajá, ¿qué buscas, bandido? —preguntó la tía Edelmira que era gordita, guapa y simpática.

Pero Micky no escuchó la pregunta porque ya se hallaba bajando en el ascensor. Estaba seguro de que la tía Edelmira había dejado al perro encargado con alguien para dárselo luego de apagar las velas del pastel y así sorprenderlo.

Él no podía esperar más.

Otro terrible regalo

Cuando Micky volvió a subir al departamento sin encontrar señal alguna de un perro, las voces de sus padres sonaban alteradas, interrumpiéndose una a la otra, algo que sucedía muy pocas veces.

—¡Pero este es un terrible regalo! ¿Cómo se te pudo...? —se quejaba papá a su cuñada.

—¡Ocurrir algo así! —continuó la frase mamá, furiosa con su hermana—. ¡Increíble! ¡Edelmira, eres increíble! Claro, como tú te vas y no te importa lo que suceda aquí, los efectos de algo así... —añadió mamá, como si hablara de un arma nuclear.

—¡Un perro! Cuando le dijimos que no se lo íbamos a dar. Y a ti también y te dimos las razones para no dárselo —aseguró papá.

—Pues ella tampoco me lo ha dado, así que no veo por qué se molestan —dijo Micky, entrando a la cocina con las manos en los bolsillos del pantalón y con una expresión sumamente triste.

—¡Ay, pobre niño! Basta, basta. ¿No ven lo triste que está?

16 Micky bajó los párpados.

—No te preocupes, mi amor.

La tía Edelmira dirigió una mirada acusatoria a su hermana y cuñado.

Micky acrecentó la expresión de amargura de sus labios.

La tía Edelmira abrazó a Micky. Eran casi del mismo tamaño, pero de alguna manera ella daba la impresión de poseer una gran fortaleza que no tenía nada que ver con su silueta rellenita.

—Por supuesto que te tengo una sorpresa —dijo, con entusiasmo, la tía Edelmira.

Micky la observó con la mirada vacía de un héroe de película de guerra que está a punto de perder la esperanza de sobrevivir, pero que, sin

embargo, por dentro sigue sonriendo. ¡No se había equivocado! La tía Edelmira le tenía un perro de regalo. ¿Dónde estaba al momento? No lo sabía, pero de que lo tenía, lo tenía.

Papá y mamá se miraron con desaliento. Mamá fue la primera en reaccionar.

—Está bien, hijito. Mira aquí adentro —dijo mamá, abriendo la puerta de la despensa.

Micky se sorprendió. ¿Cómo pudo la tía Edelmira esconder un perro grande al salir del ascensor? Pero enseguida pensó que eso habría sido un truco y que, mientras él bajaba, otra persona debió haber traído al perro por las gradas. Con este alegre pensamiento en la mente, dio un paso adelante.

La despensa, que era bastante pequeña, estaba vacía.

—Ah, ya comprendo; esto es un juego en el que debo encontrar algo, resolverlo y continuar. Así como una cadena de adivinanzas que vas contestando hasta llegar a la meta, ¿verdad? —preguntó Micky a la tía Edelmira, buscando un papel o algo que sirviera para seguir la pista.

La tía Edelmira negó con la cabeza. Arqueó las cejas y señaló dos veces con la barbilla hacia la despensa mientras sonreía con picardía.

Mamá se cruzó de brazos con un gesto de completa resignación y papá meneó la cabeza comentando algo sobre las cosas del destino.

18 Micky se acercó a la despensa resuelto a encontrar al perro. ¡Qué tonto había sido! Claro que los cachorros de gran danés o de pastor alemán o de dálmata o de akita debían ser pequeños antes de crecer. Recorrió la despensa con la mirada pero no halló un cachorro.

Detrás de una canasta vio aparecer y desaparecer algo. Se acercó. Dos ojillos saltones lo miraron asustados y una nariz diminuta, rodeada de largos bigotes, lo olfateó y se escondió.

Micky retrocedió hacia la puerta.

—¡Mamá! ¡Hay una rata en la despensa! —exclamó, buscando la escoba.

—¿Cómo puedes decir eso? —se quejó la tía Edelmira.

—Acércate y mira por ti misma —sugirió Micky—. Pero no te asustes. Ni tú tam-

poco, mami. Nosotros la atraparemos, ¿verdad, papá?

Papá volvió a mascullar cosas acerca del destino, pero esta vez aumentó algo sobre las tías que malcriaban a sus sobrinos.

Mamá elevó los párpados mirando al tum-bado.

La tía Edelmira se metió a la despensa con esa seguridad de alguien que sabe lo que va a encontrar.

19

Papá abandonó la cocina, cabizbajo.

La tía Edelmira salió con algo en las manos. Una pequeña cola retorcida asomaba entre sus dedos.

—Aquí está, mi niño, lo que querías. ¡Feliz cumpleaños! —dijo la tía Edelmira, mostrando un animalito de piel lisa color caramelo, hocico largo con nariz negra, enormes bigotes, ojos saltones, orejas de murciélago, barriga blanca y patas diminutas que terminaban en uñas transparentes.

—¿E-e-esto? —fue lo único que Micky pudo decir.

El animalito bostezó desplegando una lengua larga como una cinta rosada y diminutos dientes puntiagudos.

—Es un legítimo perro chihuahua —aseguró orgullosa la tía—. Apenas crecerá un poquito más, lo que lo vuelve perfecto para vivir en este departamento —continuó, dirigiéndose a mamá en tono convincente, y añadió que era una crueldad no permitir que su pobre sobrino tuviera un perro sólo por el tamaño de la vivienda—. Toma. Es tuyo para cuidarlo y llevarlo a pasear al parque con tus amigos y sus perros —agregó, dirigiéndose esta vez al pobre sobrino.

—¡Nooo! —gritó aterrado Micky Risotto llevándose una mano a la frente—. ¡Nooo! —volvió a gritar con todas las fuerzas de sus once años recién cumplidos.

